

El Grano de Arena

REVISTA QUINCENAL, RACIONALISTA.

EDITOR Y ADMINISTRADOR RESPONSABLE, DOMINGO NUÑEZ.

AÑO I

San José, miércoles 3 de Junio de 1896.

NÚMERO 10

ADMINISTRACION:
CALLE 29 SUR, NUMERO 337.

CONDICIONES:

Suscripción por 12 números... \$ 1-00
Número suelto... \$ 0 10
Pago anticipado.

Se insertan gratis todas las piezas que merezcan la aprobación de la redacción.

"Se reconoce el verdadero espiritista por su transformación moral y por los esfuerzos que hace para eliminar sus malas inclinaciones." Allan Kardec.

El Espiritismo no impone una creencia, invita a un estudio. Aquel que rechaza la verdad que se le ofrece, es más loco, que si en medio del desierto muriéndose de sed no aceptara el ánfora del agua.

EL GRANO DE ARENA

Refutación.

Ojalá toleraséis un poco mi locura; empero toleradme.

Otra vez dijo: que nadie me estime ser loco; de otra manera, recibidme como á loco, para que me gloríe yo un poquito.

Lo que hablo no lo hablo según el señor, sino como en locura, con esta confianza de gloria. (2ª epístola del apóstol San Pablo á los corintios, C. II, V. 1, 16, 17.)

Otros han dicho que los mejores propagandistas del espiritismo son los enemigos de él; esto es cierto y lo está demostrando evidentemente el Presbítero Carmona en sus escritos y por ello le damos las gracias.

Campeón del ultramontanismo, nos ataca, y al hacerlo noticia el desarrollo espiritista que en el mundo se efectúa á pesar de oposiciones sistemáticas.

Dice el Presb^o Carmona, en uno de sus recientes artículos que "el espiritismo tiene la pretensión de decir que sustenta la verdad."

Permítanos dicho señor decirle que el espiritismo busca la verdad en la ciencia, porque es la única depositaria de aquella. No es desde luego el espiritismo el poseedor de la verdad absoluta, que no es patrimonio de ningún nombre, de ninguna secta, que pertenece sólo á Dios.

Hemos dicho varias veces que la ciencia será la religión del porvenir, porque muchas verdades evidentes nos enseña y lo desconocido lo busca apoyada en la razón y en la experiencia, sin decir jamás su última palabra, porque el hombre es indefinidamente perfectible.

El espiritismo está reconocido como ciencia porque descansa en principios y busca el origen, causa y desarrollo de todas las cosas; vuelve sus ojos á Dios, inteligencia suprema, causa primera del mundo material y del espiritual.

Dícenos el señor Carmona que el primer paso del espiritismo es á la locura. Todos los seres humanos estamos expuestos á miles de enfermedades, entre ellas las mentales; pero las estadísticas prueban que más locos que el espiritismo han producido el fanatismo católico y la fábula del Diablo. Y si localizamos el punto, aquí en Costa Rica no podrá citársenos un solo loco espiritista, en tanto que los asilados en nuestro Hospicio Nacional de Locos en su mayoría son católicos.

De loco fué tratado Galileo cuando aseveró que la tierra se movía. De loco fué tratado Colón, y próximos á dar el primer paso á la locura supone el señor Carmona á espiritistas inmortales. A William Crookes, el descubridor del talio y de la demostración experimental de

la materia radiante, entrevista por Faraday. A M. Varley, ingeniero jefe de las compañías de telegrafía internacional y trasatlántica, inventor del condensador eléctrico que ha resuelto el problema de la telegrafía submarina, al célebre astrónomo Flammarion, á una pléyade de sabios, profesores en diversas ciencias y á más de veinte millones de hombres espiritistas regados en casi todos los países cultos de la tierra.

Volvamos á Galileo ¿qué hizo ese sabio para que la Iglesia lo quisiera hacer pasar por loco? Aseverar que la tierra se movía. La supuesta locura de Galileo estableció una verdad que hoy es incontrovertible.

¡Cuántas responsabilidades tiene sobre sí la Iglesia católica! Es responsable del retardo que á causa de ella ha tenido el progreso de la ciencia. Es responsable del sin número de mártires que ha sacrificado en aras de su ambición y de su ignorancia. Es responsable de infinidad de inteligencias que ha cegado, impidiéndoles su desarrollo científico.

El ultramontanismo ha sido siempre refractario á los progresos de la ciencia y los ha reconocido en fuerzas del asentimiento general de la humanidad; porque la Iglesia Católica está muy lejos de ser depositaria de la verdad absoluta, aunque lo pretenda y se vanaglorie de ello.

Por el contrario el espiritismo, aunque tiene principios que son invariables, es ciencia nueva que ha dicho su primer palabra y que jamás dirá la última porque el progreso es indefinido. Uno de los puntos de partida del espiritismo es buscar la ver-

dad para desvanecer el error.— La Iglesia Católica no puede decir otro tanto, porque encerrada en su dogmatismo no puede menos que mirar con horror todo adelanto que conmueva sus cimientos.

Dice el señor Carmona que el espiritismo es una plaga mil veces peor que el cólera morbo. Lo será para los de su escuela, pero para la humanidad que transita este valle de lágrimas, es la doctrina consoladora que se las enjuga, lo que más nos acerca á comprender á Dios y á su justicia, y al verdadero ideal cristiano y á la caridad evangélica.

La luz ha de ser difundida, las tinieblas se desvanecerán y hoy el espiritismo empieza á despertar de su letargo inteligencias adormecidas en la fe ciega é irracional, ó abandonadas al indiferentismo.

Decía San Pablo á los gentiles: "Ojalá toleréis un poco mi locura; empero toleradme," sofocado por las absurdas y mordaces palabras que le dirigían, tratándolo de loco.—

¿Habrá alguna diferencia entre aquellos gentiles y los católicos de hoy? Han trascurrido diez y nueve siglos y es triste reconocer que el ultramontanismo no ha avanzado un paso, y que son los mismos aquellos gentiles y los actuales católicos, prodigando el dictado de locos á los apóstoles de la ciencia, cuyas doctrinas seguimos, como ultrajaban los gentiles á San Pablo.

Durante esos diez y nueve siglos la Iglesia Católica mantuvo sus dogmas por medio del fuego; pero ya se apagaron las hogueras de la Inquisición, y los que condenaron á las víctimas sin oír las, tienen que hajar

á la arena de la discusión libre. Jesús encargó á Pedro que apacentase sus ovejas. Nosotros preguntaríamos al señor Carmona si sería buena manera de apacentar el rebaño el quemar vivas una gran parte de las ovejas?

El espiritismo no ha hecho una sola víctima, no se impone á las conciencias, no excomulga á nadie, no condena, ni aborrece. El espiritismo no se mezcla en la política, porque no necesita de protección gubernativa; ni busca ni quiere ningún medro mezquino, porque es enteramente espiritual. El Sr. Carmona no podrá decir otro tanto respecto á la Iglesia Católica.

CARTA ABIERTA

San José, 27 de Mayo de 1896

SR. PRESBITERO

DON DANIEL CARMONA.

S. Vicente.

No nos sulfuremos, amigo Carmona, porque la pasión ciega y en estos casos es mala consejera y saca de juicio al que se deja dominar por ella.

Dice U., en su último artículo, que nuestro credo nos prohíbe ofender á nuestros semejantes. No lo negamos, mas no creemos haber ofendido á U., ni á persona alguna en nuestros escritos. Y si nó, sírvase decirnos á qué artículo y conceptos se refiere U., pues tenemos conciencia de que en nuestro editorial último de *El Grano de Arena*, no puede señalarse ofensa alguna. Suponemos que el artículo á que U. alude no es de la redacción de este periódico, y que está firmado por su autor; por consiguiente, no somos solidariamente responsables de ese artículo, y en tal caso no tiene U. razón para desatar sus iras contra todos los espiritistas.

Suplicamos á U. que en lo sucesivo se fije en si los artículos son de esta Redacción, ó si están firmados por su autor porque nos será penoso estarle haciendo á U. rectificaciones.

Entramos en materia. Prescindimos de las burlas y epítetos que U. nos prodiga; jamás

discutiremos en estilo bufo, por el respeto que debemos al público y á las sectas religiosas que han sido nodrizas de la humanidad.

Dice Ud., en un artículo anterior, que U. preguntó á un espiritista ¿qué es espiritismo? y él contestó: *la cosa de hablar con los muertos*. Las personas cultas y discretas que estudien el espiritismo, comprenderán que es una ciencia, una filosofía, y no nos harán el poco favor de juzgarnos como el señor Carmona, por los disparates del primer ignorante á quien se le ocurra decir que es espiritista.

U., señor Carmona, quiere medirnos por ese mismo rasero, sin fijarse en que las sectas religiosas tienen en su seno gran número de ignorantes.

Nos decía U. el día que tuvimos el gusto de hablar con U. acerca de las reencarnaciones, que las recompensas de las buenas obras en esta vida, según el espiritismo, consisten en reencarnar en familias ricas.— Le manifestamos entonces no estar de acuerdo con su apreciación, que es completamente inexacta.

La recompensa del espiritismo es llegar á obtener el mejoramiento moral y el adelanto intelectual, en vidas sucesivas en mundos superiores, hasta acercarnos lo posible á Dios, en la región de los espíritus puros.

Ahora, señor Carmona, vamos á decir á U. algo acerca de los espíritus obsecados. Sus principales distintivos son: ambición de riquezas y poderío, y el que no nace rico procura serlo sin reparar en los medios; soberbia, hipocresía, egoísmo, aborrecimiento al progreso y la luz; la concupiscencia, la calumnia y la mentira.

Al contrario, los buenos espíritus: desprecian la riqueza, los honores, el poder; en una palabra, son humildes, benévolos y caritativos. Estos espíritus irán á encarnar á mundos superiores, *en una de esas moradas de la casa de mi Padre* como dijo Jesús; (1) en uno

(1)—Véase el Evangelio según el espiritismo, por Allan Kardec.

de esos mundos celestes, porque es como San Pablo decía: Una es la gloria del sol, y otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas; porque una estrella se diferencia de otra estrella en gloria.

Esta esperanza, esta creencia según el espiritismo, de que todos por medio de la expiación en la pluralidad de existencias en diferentes mundos obtendremos la recompensa ya expresada, es una creencia más consoladora y armónica con la justicia de Dios, que el paraíso y el infierno católicos, los elegidos y los eternamente condenados; porque no nos podemos conformar, señor Carmona, con la idea que U. nos manifestó en una de nuestras conversaciones, acerca de que pudiera ser feliz una madre en el cielo sabiendo que sus hijos estaban en el infierno. U. nos decía que Dios puede extinguir los sentimientos para que aquella madre no sufra. Señor Carmona, no nos podemos conformar con eso, porque al acercarnos á Dios nuestros sentimientos deben purificarse y no extinguirse como U. supone.

Nos decía U. también á propósito de la preexistencia de la alma humana, que no tenemos conciencia de una vida anterior á la presente. La explicación es sencilla. Como dijimos á U., en aquella ocasión, sino recordamos los pormenores de vidas anteriores, es debido á una ley sabia de Dios, motivada por la imperfección de nuestra naturaleza, para evitarnos remordimientos, trastornos en las relaciones sociales y talvez en los mismos lazos de la familia.

Dios ha permitido que tengamos intuición únicamente de aquello que más necesitamos para nuestro adelanto moral é intelectual, por eso verá U. que tenemos ideas innatas, que vemos desarrollarse en los niños y que nos acompañan en la edad madura. Por eso verá U. también que algunos tienen ciencia verdaderamente infusa, como la tenía un hombre que carecía de brazos y piernas desde su nacimiento, y que llamó la atención en Europa, porque sin haber

estado en escuela alguna, con la mayor facilidad resolvía mentalmente los más áridos problemas aritméticos; como niños que despuntan en las ciencias y en las artes á la altura que otros no podrían llegar en muchos años. Todo esto no puede explicarse satisfactoriamente, sino es por un adelanto adquirido en existencias anteriores. Los conocimientos que poseemos no son adquiridos solamente en esta existencia; los hemos aprendido en la pluralidad de vidas, por medio del continuo martilleo del trabajo y el sufrimiento. Es muy feliz esta frase de Platón: *aprender es recordar*. Solo así podemos explicarnos la gran diversidad de las facultades intelectuales de los hombres.

Otros buscarán la solución de esto en los sistemas de Gall ó de Lavater; no los negamos, porque están de acuerdo con la ciencia, pero en el concepto de que el espíritu encarna en una organización adecuada al adelanto de sus facultades.

Para los católicos Dios ha privilegiado á unos y desheredado á otros, lo que implicaría una injusticia; y sin desatar el nudo lo cortan diciendo que Dios es árbitro en la dispensación de sus dones.

Y no es así; según la doctrina espírita Dios creó todos los espíritus iguales, sencillos, sin tener privilegios unos sobre otros. Les dejó confiados á su propio esfuerzo la posibilidad de adelantar; unos más ó menos han seguido el camino del bien, otros el del mal; unos adelantan en lo moral y otros en lo intelectual, pero todos en vidas de prueba y expiación llegarán á purificarse, verificándose la salvación universal. Dios no ha hecho ninguna de sus criaturas para su condenación eterna, la cual, siendo Él infinitamente sabio la habría previsto, lo que sería inconciliable con la justicia divina.

Todavía más Sr. Carmona. U. ve que hay niños inocentes que sufren los dolores de terribles enfermedades, y seres tan desgraciados que traen desde su nacimiento las más lamentables

imperfecciones físicas. También esto no se explica, atendida la infinita justicia de Dios, sin la mediación de faltas cometidas en vidas anteriores, y sujetas á las presentes expiaciones.

A U., amigo Carmona, que ha estudiado la Biblia, no le es desconocido aquel pasaje, cuando Nicodemo se presentó á Jesús y éste le dijo: *No te maravilles porque te dije es necesario nacer otra vez.* Recordará U. también que Jesús, cuando se le presentaron los discípulos del Bautista á preguntarle si era el Cristo, después que ellos se retiraron dijo á la multitud, que Juan era aquel Elías que había de venir; y que si lo querían recibir que lo recibieran, que él era. Estas palabras, que no fueron parabólicas, confirman el principio que venimos sustentando. Es verdad que el Bautista negó ser Elías, pero entre su dicho y el de Jesús no caben vacilaciones, porque el espíritu de aquel no estaba suficientemente purificado para conocer su preexistencia.

Ya ve U., señor Carmona, que el espiritismo no es la cosa de hablar con los muertos.—Es ciencia, filosofía. Si U. se sirve tomar en consideración lo expuesto y hourarnos con sus observaciones, mucho gusto tendríamos en discutir amigablemente con U. sobre esta materia, la más importante que pueda haber, porque se refiere al destino inmortal de la humanidad.

De U. humilde servidor,
PEDRO PÉREZ M.

EGOS DE LA PRENSA

Entre las publicaciones extranjeras á quienes nuestro humilde *Grano de Arena* ha merecido honoríficas menciones, está la "Revista de Estudios Psicológicos", de Barcelona, dirigida por el eminente escritor el Visconde de Torres Solanot.

Esta publicación periódica, que tiene veintiocho años de establecida, y es una de las más acreditadas en Europa, en el número correspondiente á Marzo del corriente año nos consagra los siguientes sueltos:

EL GRANO DE ARENA.—Este nuevo órgano de nuestra comunión ha

nacido con los mejores auspicios: apenas apareció cuando ya el clericalismo arrojó sobre él todo el repertorio de frases gruesas que son su característica. Desde el número primero viene empeñado en una polémica filosófica con *El Adalid Católico*, y suponemos que el destemplado lenguaje de P. Carmona—que así se firma quien desde *El Adalid* combate á nuestro credo—contrastando con el mesurado y digno que emplea *El Grano de Arena*, servirá para que éste se atraiga simpatías y aquél se quede burlado. Por ende, las doctrinas que presenta nuestro querido colega, no admiten refutación.

Le felicitamos por ello y establecemos el cambio gustosísimos.

Apareció en San José de Costa Rica una revista de nuestra comunión, y seguidamente le salió al encuentro un periódico católico.—¿ Creerán nuestros lectores que fué para batirle en buena lid? Pues todo menos eso: en América como en Europa, los periódicos católicos se distinguen por su incorrecta conducta.

El Grano de Arena—que es el periódico espiritista á que venimos refiriéndonos—hace bien no respondiendo á esos ataques de *El Adalid Católico*. Este tiene mucho que aprender en las siguientes frases de aquel querido colega:

Esquivamos las disputas que apasionan las cuestiones sin esclarecerlas; nuestro lema y nuestro palenque serán la discusión serena de los principios, sin atacar jamás ninguna personalidad. Nuestro lenguaje será culto pero severo y barrerá como gigantesca escoba,—á lo menos así lo esperamos—la telaraña del error, sentando en Costa Rica las bases de esta nueva ciencia del Espiritismo, tenido hasta ahora por algunos como producto de un orden sobrenatural, de magia, de prodigios y de milagros satánicos. No alardeamos de sabios; no somos más que investigadores que exploramos la verdad, que buscamos en el infinito un átomo de luz para llevarlo á la civilización universal.

Damos las gracias á tan ilustrada publicación por los conceptos benévolos con que nos honra, más allá de nuestros merecimientos.

Aprovechamos esta oportunidad para felicitar á la La Revista de Estudios Psicológicos por las mejoras introducidas en esa interesante publicación, las cuales han merecido muchos aplausos de la prensa inglesa y de otras partes.

INSERCIONES

LA SAVIA DEL CRISTIANISMO I.

La República Romana, herida de muerte bajo la dominación de Julio César, el vencedor de Pompeyo, acababa de sucumbir ahogada entre los vigorosos brazos de Augusto, el vencedor de los republicanos Bruto y Casio y de los triunviros Lépido y Marco Antonio. La nación soberana, que había uncido al carro de sus

triumfos é impuesto su yugo á todos los pueblos de la tierra, postrábase á su vez como humilde esclava á las plantas de un mancebo, sumiso, al parecer, á las más leves insinuaciones del Senado. Un cambio radical se operaba en la organización política del gran pueblo, y sobre las viejas instituciones de una República tiránica é invasora se erigía un Imperio robusto y varonil desde sus primeros días. Julio César con su espada había hecho de todo el antiguo continente una sola provincia, cuya metrópoli era Roma, y Augusto pacificará con su moderación y genio organizador los países conquistados, inaugurando en ellos un período de bienestar y prosperidad que no sabrán continuar sus sucesores.

Pero semejante cambio de instituciones políticas, si bien esencial en la forma, no alteraba en el fondo la manera de ser de aquellos pueblos. Se había levantado un edificio nuevo sobre simientos gastados. Era un ingerto joven y pujante en un tronco vetusto y carcomido. El mundo necesitaba algo más que una mera transformación en la organización de los poderes públicos, porque el mal que le minaba y corroía estaba no tanto en la superficie como en la sangre, como en las entrañas de aquella generación corrompida y depravada. En vano el joven Imperio recogerá del lodo la prostituida autoridad; en vano fundirá todas las ambiciones en una sola ambición, todos los poderes en un solo poder, todas las voluntades en una sola voluntad, todas en las tiranías en una sola tiranía; en vano cercenará los derechos y fueros populares y las cabezas turbulentas; y en vano también llevará á los más remotos climas sus aguerridas legiones para que el estruendo de las armas haga olvidar la pérdida libertad, y la fama pregone á los cuatro vientos la gloria de la orgullosa Roma: todo esto es en vano, porque la gran familia humana tenía gangrenado el corazón, y el Imperio continuaba las tradiciones y los vicios sociales que venían de antiguo dañando los sentimientos, los hábitos y las creencias.

La civilización romana, imperfecta desde su nacimiento y principio, y corruptora después, al paso que ensanchaba sus términos conquistando cada día nuevos países, precipitaba con la lepra de sus vicios la decadencia de la antigua sociedad. Era una civilización ruidosa por el fragor de los combates, brillante por la

elocuencia de sus oradores y el fausto de los ciudadanos, dominadora por el derecho del más fuerte, y sensual por el epicurismo, que halló las puertas abiertas merced á un politeísmo brutal. La inmortalidad y la disolución reinaban en el olimpo entre los dioses, no menos que en las provincias romanas entre los señores, los libertos y los esclavos. Cada apetito tenía un altar y cada pasión un templo; y si un resto de pudor levantaba altares á una que otra deidad protectora de las virtudes, los profanaba la corrupción general ó permanecían olvidados y solitarios. El fanatismo ofrecía halocaustos humanos en los templos, y las doncellas y matronas se complacían en los circos viendo la arena enrojecida con la sangre del gladiador, ó los restos palpitantes aún de algún miserable esclavo, entregado en bárbaro espectáculo á la voracidad de los leones y al esparcimiento popular.

Y ¡qué principio regenerador podía la antigua sociedad oponer á esas causas disolventes, á esas enfermedades morales que enervaban sus fuerzas y aceleraban su descomposición y muerte! ¿Había en sus entrañas algún germen, latente aún, con la virtualidad necesaria para restablecer y vigorizar las aptitudes morales de aquellas generaciones; ardía en su mente alguna idea salvadora entre tantas aberraciones como la envilecían y perturbaban; existía un pueblo virgen en medio de la prostitución, creyente en medio del escepticismo y fanatismo, virtuoso en el centro de la universal relajación de las costumbres, fuerte y robusto en el seno de una sociedad impotente y decrepita, pueblo de donde pudiese arrancar el principio de una nueva era de luz, de prosperidad y de gloria?

Allá en el Asia, cuna de la humanidad histórica, y en su parte occidental, en la Palestina, vivía un pueblo que, no obstante de estar sometido al yugo de los Césares, se regía y gobernaba por leyes propias, habiendo sabido preservar sus hábitos y creencias de la invasora influencia que la capital del mundo ejercía sobre todas las naciones hasta donde alcanzaba su poder. Aquel pueblo era el judío, con sus costumbres, con sus tradiciones, con su teología, con su templo, con su Dios, en una palabra, con su civilización especial de quince siglos, refractario por completo á la civilización pagana, que amenazaba absorberle. Probado una y otra

vez en la prosperidad y en la desgracia; triunfante hoy de sus enemigos y mañana subyugado; tiranizado de los egipcios, humillado de los madianistas y filisteos, llevado de acá para allá en la servidumbre, oprimido de los babilonios, de los asirios, de los caldeos, de los persas y de los griegos; había demostrado al mundo que si podía ser vencido y encadenado, poseía una firmeza inquebrantable de carácter, en cuya virtud veía trascurrir los siglos en la servidumbre conservando sus tradiciones y esperanzas, sin descomponerse con los rigores del destierro ni confundirse jamás con sus dominadores.

¿Será, pues, la civilización hebrea la llamada a triunfar de las naciones; el rito mosaico la sávia regeneradora de las sociedades; y el pueblo judío, el pueblo típico de la tierra para la renovación moral de los demás? No ciertamente. Aunque basada en la unidad de Dios, y por ende superior a las prácticas politeístas de los otros pueblos, la civilización hebrea es, como la romana, la civilización del orgullo, del fausto, de la conquista, del odio, de la servidumbre y de la voluptuosidad. Jehová es el Júpiter tonante de los paganos, y el Dios de los ejércitos de Israel el Marte de la teogonía griega. Los holocaustos humanos aplacaban las iras del Dios de la casa de Judá, como detenían el brazo de las deidades del Olimpo. El pueblo judío, en la larga y trabajosa serie de sus invasiones y conquistas, había tratado con ferocidad a los vencidos, borrando de la faz de la tierra naciones enteras con el hierro y el fuego, cebándose en su furor, así en los ancianos, niños y mujeres, no menos que en los soldados enemigos. Dirigido por sus Jueces, acaudillado por sus Reyes, y empujado por sus Sacerdotes, que le predicaban la matanza y el exterminio como deberes ineludibles y sagrados, juzgábase el instrumento de las divinas venganzas y el elegido de Dios para sojuzgar la tierra y poseerla. Cesó de invadir y exterminar cuando fué débil y sus enemigos poderosos.

A la venida del Imperio, el pueblo judío no era sino esqueleto de un gigante, y sufría la suerte de las naciones que han entrado en el último y crítico período de su humillación y decadencia. Su importancia social y política era nula; y si aún subsis-

tía como nación hasta cierto punto independiente, debía, más bien que a la virilidad de su organización, a la munificencia ó al orgullo de los Césares, que gustaban de tener a reyes por vasallos y a naciones por provincias. Sólo lástima inspiran los descendientes de Jacob: su poderío ha quedado reducido a una vergonzosa impotencia. Ni sus leyes ni sus creencias irradian fuera de los estrechos límites de la Judea. Pueblo salido de la nada, vuelve aceleradamente a la nada, después de agotada su fecunda actividad y cumplida su providencial misión.

No, no es tampoco la civilización hebrea la que puede encauzar las corrientes humanas, que vertiginosas se precipitan en los abismos de la molición, del odio, de la hipocresía y de la iniquidad. El pueblo judío es, como el pueblo romano, un pueblo regenerado, fluctuante, en apariencia rígido observador de sus tradiciones religiosas, y en realidad falto de fe y apegado a la sensualidad y al egoísmo. Belicoso en los tiempos de su pujanza, ya que no puede disputar a los romanos sus conquistas, agota sus propias fuerzas en estériles querellas de carácter religioso acerca el sentido de las Escrituras, promoviendo cismas y sectas que acrecientan cada día su debilidad interior. Trabajado por el Farisismo, cuyos numerosos prosélitos hacían consistir, como los modernos ultramontanos, toda la perfección espiritual en vanas exterioridades; al mismo tiempo que continúa creyéndose el elegido entre los pueblos, utiliza la religión para cubrir con ella sus abominaciones y hacerla contribuir el medro personal. ¿Cómo ha de poder este pueblo servir de punto de partida a la regeneración del mundo, exhausto como se halla de todo germen de virilidad y de virtud?

Y no esperemos tampoco que venga de otras civilizaciones y de más lejanos confines el primer impulso regenerador y salvador. El África, en su vasta extensión no sujeta a la espada del Imperio, se agita en la oscuridad de la barbarie; y si uno que otro destello de civilización brilla en el Asia, se pierde bajo la espesa bruma que levanta el fatalismo y la ignorancia. En todas partes el fragor de las armas y el sacrificio del hombre por el hombre. La América dormirá aún un sueño de quince siglos, hasta que nazca el genio llamado a arrancarla a los secretos del océano. ¿Estará, pues, la

humanidad condenada a ser raída, por su corrupción, de la superficie de la tierra?

Los pueblos desaparecen, las sociedades se hunden, las civilizaciones tienen su orto y su ocaso; pero la humanidad subsiste perpetuamente, entregada a la ley de las transformaciones, que son el crisol de su depuración y de sus necesarios desarrollos. De las ruinas de un pueblo, de los residuos de una sociedad, de las cenizas de una civilización, surge una nueva civilización, una nueva sociedad ó un nuevo pueblo, con toda la virtualidad necesaria para el cumplimiento de más halagüeños fines. El género humano, en el primer período de su terrenal existencia, hubo de arrastrar como la larva una vida trabajosa de grosero y material instinto, para convertirse, llegado el segundo período, en inexperta crisálida, ahogado por sus pasiones y estrechado en la cárcel de su ignorancia y en la miserable servidumbre de sus vicios. Pero la oscura crisálida se convertirá a su vez en ligera mariposa, y emancipada de su asfixiante capullo, elevará su vuelo en las regiones de la libertad y de la luz, ganando en hermosura y felicidad en cada una de sus fases.

La humanidad, en el momento histórico del nacimiento del Imperio, había llegado al último período de la segunda de sus esenciales metamorfosis. Aprisionada en el grosero capullo de sus liviandades, hijas de su ignorancia y orgullo, ha menester aire y luz, aire que respirar para la renovación de sus fuerzas, y luz con que pueda conocer sus funestos extravíos. Aún no han sabido los hombres aprender que por el camino de las invasiones se llega a la esclavitud; y se acechan traídoramente con ánimo de usurparse unos a otros los más sagrados derechos. Aún no entienden que la comunidad de origen los hace a todos iguales por naturaleza; y luchan por destruirse raza contra raza, secta contra secta, pueblo contra pueblo, como si el destino del hombre sobre la tierra fuera devorar ó ser devorado y la humanidad una horrible confusión de víctimas y verdugos. Aún no han presentado las dulzuras del amor, ni adivinando que todos, sin excepción de uno solo, son hermanos; y el egoísmo y el placer son los reguladores de las acciones individuales y de los movimientos colectivos. Para adivinar los puros goces de la fraternidad universal; para conocer la gran justicia de la igual-

dad de derechos; y para aprender que la libertad es la salud del cuerpo y la vida del espíritu, falta un rayo de sol que con la pureza de su brillo y la suavidad de su calor despierte los entendimientos y fecunde los corazones. Rompa las tinieblas el benéfico sol de la verdad y del sentimiento, y la oscura ninfa desplegará sus alas, dichosamente transformada en alegre y activa mariposa.

Adoradores de divinidades obscenas y brutales, derramados en el fuego sagrado de sus altares los últimos granos de vuestro nauseabundo incienso: discípulos de Epicuro, apurados en lúbricas orgías las heces de la moral del placer: fariseos hipócritas, arrebujaos bien en el manto de vuestras exterioridades para seducir al pueblo y explotar un día más sus creencias religiosas: escribas, y doctores, y levitas, añadid la postrera interpretación al sentido de la Escritura, aun cuando se levante una secta más, un nuevo motivo de discordia y división en el seno de la sociedad judaica: apresuraos todos a corromper y perturbar, porque va a sonar la hora en que la humanidad sacuda el yugo de vuestras fementidas prácticas y corruptoras enseñanzas. Es menester que el linaje humano se salve, y se salvará, porque lo necesario irrevocablemente sucede. La humanidad es hija de Dios, y Dios no ha de permitir, dentro de su omnipotente amor, la perdición de su hija. Bajará del cielo la verdad al entendimiento humano, y el rocío del amor suavizará la dureza del sentimiento.

Queriendo Augusto conocer el número de hombres sometidos a su autoridad en el Imperio y en las provincias tributarias, había mandado formar un empadronamiento general. En cumplimiento del imperial edicto, un hombre y una mujer, al parecer de modesta condición, subían de Nazaret de Galilea a inscribir su nombre en la ciudad de Belen; mas antes de llegar al término de su viaje sobrevinieron a la mujer dolores de parto, y en una humilde choza, sin más auxilio que el de su esposo y sin otro amparo que el de Dios, dió a luz un hermosísimo niño. Una estrella, precursora de la regeneración del humano linaje, brilló en aquel instante de la parte de Oriente. Acababa de nacer el predestinado de los tiempos, el redentor de los hombres, JESUCRISTO.